

## CONTRA LA BURGUESÍA

Santos Juliá

*Babelia*, 29 de diciembre de 1994

Zeev Sternhell, Mario Sznajder y Maia Asheri, *El nacimiento de la ideología fascista*. Trad. de Octavi Pellisa. Siglo Veintiuno Editores, Madrid, 1994, 418 págs.

En un clima intelectual y político en el que se sigue repitiendo como un sonsonete que el fascismo no fue más que el expediente al que recurrió la burguesía europea en el periodo de entreguerras para quebrar el espinazo al movimiento obrero organizado, este libro debería despertar inevitablemente fuertes polémicas. Ante todo, porque sus autores y, más especialmente Zeev Sternhell, son conocidos por su osada tesis de que la configuración ideológica del fascismo estaba ya terminada casi en su totalidad antes de la Gran Guerra de 1914; además, y no menos importante, porque una de las raíces de las que se nutrió lo que sería luego frondoso árbol fascista fue el sindicalismo revolucionario o, dicho de otra forma, porque el fascismo no fue en su origen un movimiento antiproletario sino más bien un movimiento antiburgués.

Como se puede apreciar sin más, los dos supuestos anteriores son muy fuertes para espíritus delicados. El fascismo se entiende aquí como un fenómeno cultural que en modo alguno puede interpretarse como un paréntesis en la historia europea, una anomalía o una peculiaridad. No fue un estado de excepción decretado por la burguesía, no puede atribuirse su origen tampoco a una reacción antiproletaria ni entenderse como un mero expediente al que se echa mano, o se desecha, según las necesidades coyunturales de la clase dominante para mantener su poder. Sus raíces se remontan a la rebelión contra el racionalismo, el liberalismo y la democracia que afloró a la superficie a finales del siglo XIX en diversas corrientes culturales franco-italianas que le sirvieron de cuna.

Y a esa cuna, para cantarle las nanas al niño recién nacido, acudieron tres grandes pastores: el nacionalismo tribal, la revisión antimaterialista del marxismo y, más adelante, a partir de 1910, el futurismo. Lo primero habría ocurrido en Francia cuando, gracias a Barrès, Maurras y la Acción Francesa, la teoría de la nación como agregado de individuos se sustituyó por la teoría de la nación como organismo vivo, con sus impulsos irracionales, sus sentimientos y emociones. Por decirlo de otra manera, el acto racional que hay tras la nación concebida como un plebiscito de todos los días a la manera de Renan fue desplazado por el sentimiento irracional que hay tras la nación vivida como solidaridad orgánica al modo de Durkheim.

Este nuevo nacionalismo tribal encontró en su camino a los revisionistas antimaterialistas del marxismo que tuvieron en Sorel su más claro exponente. Si el desarrollo del capitalismo no conducía por sí mismo a la revolución obrera, como ya había puesto de manifiesto la gran polémica revisionista alemana, sería preciso recurrir a fuerzas más profundas del sentimiento y la intuición, crear mitos movilizados, despertar el subconsciente y los elementos irracionales que movilizaran a una clase obrera adormecida por el capitalismo, contra la democracia liberal. Sin discutir la economía de mercado, sin poner en

peligro el capital, había que dirigir la revolución obrera por medio del recurso a la violencia contra la democracia. El sindicalismo revolucionario, liberado del narcótico de la socialdemocracia, sería el segundo ingrediente de esta mixtura singular que acabará en el fascismo.

A ese combinado explosivo de nacionalismo y sindicalismo se añade a partir de 1910, según Sternhell, el futurismo. Y es realmente llamativo comprobar hasta qué punto el Manifiesto de Marinetti con su culto al peligro, la audacia, el coraje, el insomnio febril, el paso gimnástico, la bofetada y el puñetazo se integra perfectamente en el irracionalismo que alimenta a aquel nacionalismo tribal y en el gusto por la violencia que domina la práctica del sindicalismo revolucionario. En definitiva, ese "soberano desprecio por el viejo mundo burgués" llevará a los rebeldes futuristas a reconocer en los sorelianos a sus "auténticos hermanos gemelos". Barrès, Sorel y Marinetti: esa sería la santa trinidad que sirve de crisol primigenio al precipitado fascista.

Una tesis de esta radicalidad, sintetizada en una introducción sin desperdicio alguno y desarrollada luego en capítulos monográficamente dedicados a Sorel, al revisionismo revolucionario francés, al sindicalismo revolucionario italiano, a la síntesis socialista-nacional y a la encrucijada mussoliniana, debería despertar entre nosotros una polémica histórico/política que fuera más allá de los tópicos todavía en circulación. Porque, en efecto, no faltó en España ni esa especie de nacionalismo tribal, ni carecimos de sindicalistas revolucionarios aunque aquí el revisionismo antimaterialista del marxismo pasó como el propio marxismo, sin penetrar profundamente en el movimiento obrero. En todo caso, con tales ingredientes, el fascismo español debió esperar, como diría Azaña, a los desfiles militares y a las procesiones a la Virgen del Pilar, es decir, al Ejército y a la Iglesia para ser algo. ¿Por qué, siendo entre nosotros tan fuerte el sindicalismo revolucionario y no faltando nacionalistas tribales, fue tan débil el fascismo como ideología y, más adelante, como movimiento de masas? ¿Tal vez porque no existía ni democracia ni mundo burgués contra el que rebelarse? Plantear esta pregunta no es una de los menos irrelevantes cuestiones que suscita esta imprescindible contribución al conocimiento del fascismo.